

La teoría lockiana del lenguaje¹. Lockean theory of language

Alessandro Prato

(pág 99 - pág 108)

Este ensayo examina los aspectos fundamentales de la teoría lockiana a través de un lectura detallada del *Essay on human understanding*, mostrando cómo el empirismo en el que se basa toda su filosofía desempeña un papel fundamental también en la determinación de la concepción radical de la arbitrariedad del signo lingüístico y del estatuto general de la semiótica.

Palabras clave: lógica, semiótica, arbitrariedad, signo lingüístico, percepción.

This paper examines the fundamental aspects of Lockean theory through a detailed reading of the *Essay on human understanding*, showing how empiricism in which it bases its entire philosophy plays a fundamental role also in determining the radical conception of arbitrariness linguistic and general status of semiotics sign.

Key words: Logic, Semiotics, arbitrariness, semiotics sign, perception.

Alessandro Prato es profesor de Retórica y lenguajes persuasivos en la Universidad de Siena. Entre sus publicaciones destacan: *La teoria dell'argomentazione e i suoi sviluppi* (a cura di) 2014, *La retorica. Forme e finalità del discorso persuasivo* (Pisa, Edizioni ETS) e *Linguaggio e filosofia nell'età dei lumi. Da Locke agli ideologues* (Bologna, I libri di Emil). Email: prato@unisi.it

Este artículo fue referenciado el 30/10/2016 por la Universidad Nacional de Rosario y 27/10/2016 por la Universidad de Génova

1. EL ESTATUTO DE LA SEMIÓTICA

Los temas fundamentales del *Essay on Human Understanding* de John Locke son la capacidad del lenguaje de clasificar el mundo y su relativa independencia de la realidad, que se configuran en general en la historicidad y arbitrariedad del signo lingüístico. En primer lugar examinaremos la definición que Locke nos proporciona del concepto de signo y que comprende tanto las ideas como las palabras. Las ideas son los contenidos presentes en la mente de los hombres cuando ellos piensan, estos contenidos se refieren a la representación de objetos, sucesos, relaciones² (E, I/I, 8), es decir, los datos de la sensación, los conceptos abstractos y las categorías con las que el continuo de la experiencia se transforma en una serie de entidades mentales diferenciadas; la amplitud del significado es, por tanto, muy grande ya que comprende “todo lo que la mente percibe en sí misma, o que es el objeto inmediato de la percepción, del pensamiento o de la inteligencia” (E, II/VIII, 8).

Las palabras son a su vez los signos de estas concepciones interiores contenidas en la mente, significan las ideas y se asocian a estas hasta el punto de ser sustituidas en la experiencia directa en virtud del automatismo que el uso social instaura entre palabras e ideas. La idea es un signo de la cosa así como la palabra es un signo de la idea; la relación de significación se extiende hasta aplicarse a la relación entre idea y cosa: el objeto externo, la idea y la palabra son tres entidades distintas que se mantienen juntas precisamente por esta relación de significación. El nexo entre palabra y estado interno del hablante es muy estrecho y representa el núcleo primario del significado al que se asocia después de suponer la correspondencia con los estados internos del interlocutor.

En la esfera de los signos se mueve toda la experiencia humana, bien por el acto subjetivo del conocer, bien, como veremos después, por el acto intersubjetivo del comunicar. La categorización mental es, por tanto, una actividad semiótica; la semiótica³ en la impostación que nos da Locke es una teoría del pensamiento y de su expresión, porque la actividad del pensamiento y de su expresión puede desarrollarse en la mente solo si esta dispone de un soporte material y sensible, justamente el signo, que es el medio del cual depende este vínculo entre la actividad intelectual y el elemento material. En el capítulo que cierra el cuarto libro del *Ensayo*, dedicado a la división de las ciencias en tres especialidades distintas⁴, junto con la Física natural —que se ocupa del conocimiento de las cosas respecto a su esencia, constitución y propiedades—, y a la Ética —que, en cambio, consiste en la búsqueda de las normas que convierten nuestra conducta en justa y útil— encontramos precisamente la Semiótica, identificada por necesidad con la Lógica porque su deber particular es “considerar la naturaleza de los signos que utiliza la mente para el entendimiento de las cosas o para transmitir a otros su conocimiento” (E, IV/XXI, 4).

La Semiótica se presenta rápidamente en su particularidad respecto a las otras dos ciencias porque se extiende también a las otras dos ramas del saber que están evidentemente a su vez constituidas por signos y se valen de ellos. La división de las ciencias es, en realidad, el punto de partida de la investigación lockiana sobre la extensión y los límites del conocimiento humano que, precisamente en la consideración de las ideas y de las palabras, encuentra su núcleo fundacional y originario. De este modo, se hace evidente cuánto puede

el estudio del lenguaje aclarar la mecánica del espíritu y lo necesario que es el análisis de las ideas para entender su modo de composición y transformación y para indagar, al mismo tiempo, los límites del intelecto; se inaugura así una línea de desarrollo del pensamiento filosófico fuera de la cual sería incomprensible también el criticismo kantiano.

La semiótica establece las reglas combinatorias que producen conocimiento ya que la cognición surge a partir de nuestro percibir las relaciones de concordancia y discordancia entre las ideas, y esta percepción constituye la discriminación entre el conocimiento verdadero y las otras formas del imaginar, adivinar o crear (E, IV/I, 2).

2. EMPIRISMO Y TEORÍA DEL LENGUAJE

El primer punto del que parte la reflexión de Locke es la demostración de la falsedad del innatismo o la convicción de que existen principios innatos en la mente humana —es decir, presentes en ella, explícitos o solo potenciales desde el nacimiento— como, por ejemplo, el principio lógico de no contradicción “A no es no-A”, los principios matemáticos (de igualdad, proporción etc.), o los principios prácticos y morales como la idea de la virtud, del deber, o la idea del Bien o de Dios. Su carácter innato se demostraría a partir del consenso general que, sin embargo —como en el caso de los ignorantes, de los salvajes o de los niños—, no existe.

La polémica de Locke contra el innatismo se basa en la convicción de que Dios no ha impreso ninguna verdad originaria en la mente: el hombre no posee caracteres originarios o primarios que habrían sido impresos en su mente desde su nacimiento; su mente, en el momento inicial de la existencia, se presenta como una hoja en blanco, libre de todo carácter y sin ninguna idea (E, II/I, 2). Solo en el transcurso del tiempo y muy gradualmente, el niño comenzará a formarse ideas que, sin presuponer nada de innato, provienen solo de dos fuentes o manantiales: la sensación y la reflexión (o percepción interna). En la mente no hay otras ideas a excepción de aquellas que han sido impresas por estas dos fuentes que constituyen la experiencia, la única suministradora de materiales de nuestra razón.

Locke, con la negación de las ideas innatas no niega que el niño en la fase prenatal pueda formarse ya ideas, por ejemplo pueda, incluso antes del nacimiento, recibir algunas ideas de las impresiones que ciertos objetos puedan hacer en él en el seno materno o de necesidades y molestias de su cuerpo. Es más, propone la hipótesis de que las ideas del calor y del hambre forman parte de las ideas denominadas “originarias” (E II/IX, 6) que, sin embargo, no se confunden con los principios innatos de los hablábamos, porque aquellas son producidas siempre por alguna impresión producida en el cuerpo, por tanto, a través de la sensación, mientras que estos pretenden ser de una naturaleza completamente distinta del cuerpo e incluso independientes de la sensación.

De la sensación surgen las ideas simples que se refieren directamente a la experiencia sensible (la impresión de un color, la sensación de un sabor); aquellas son sugeridas *a* —pero no hechas *por*— la mente. Materiales de todo el conocimiento, las ideas simples, no son ulteriormente analizables, la mente las recibe pasivamente sin un papel creativo.

Como ha señalado con acierto Yolton (1985: 164-66) es necesario ponerse de acuerdo sobre este concepto de “pasividad” que ha provocado tantos equívocos. Cuando Locke dice que la mente, recibiendo ideas simples, es pasiva, no pretendía decir que el estímulo se inscribe en la mente sin que esta intervenga de ningún modo, sin que el individuo que percibe sea de algún modo activo. La misma imagen de la mente en el estado inicial, como un papel en blanco sobre el que no hay nada escrito, si por un lado es una clara alternativa a la concepción de la mente ya llena de ideas desde el nacimiento como querían los innatistas, por otro despista si se toma demasiado al pie de la letra y se utiliza para decir que la mente comienza de cero.

En toda esta parte del discurso, “pasividad” para Locke significa más bien “involuntariedad”, es decir, que yo no puedo evitar ser golpeado por las impresiones de los objetos que me circundan y, análogamente, no puedo inventar impresiones nuevas; por ejemplo, no puedo evocar un sabor que no he sentido nunca, o describir un color que no he visto nunca. Cuando Locke dice que en el momento en el cual un sabor o un olor alcanza efectivamente mi consciencia la mente es inactiva, entiende que la mente no puede ejercer un poder activo del mismo modo que cuando llevo a cabo un movimiento voluntario como levantar un libro, mover la mano o desviar la mirada. En todos estos últimos casos yo “soy activo en sentido propio, porque de mi elección, mediante un poder que está en mí mismo, me pongo en movimiento” (E II/IX 10).

El hombre comienza a tener ideas en el momento mismo en el que comienza a percibir, ya que la percepción es la vía de entrada de todos los materiales del conocimiento; entre los órganos sensoriales de nuestra percepción, Locke da prioridad al de la vista, considerado el más comprensivo de todos nuestros sentidos porque introduce en la mente, a través de las ideas de la luz o de los colores, otras ideas como las del espacio, de la figura o del movimiento. Estas ideas simples el intelecto las almacena, repite, confronta –a través de la reflexión– y une en una variedad casi infinita de ideas complejas (por ejemplo “belleza”, “hombre”, “caballo”, “gratitud”). Toda idea compleja puede ser analizada y descompuesta hasta encontrar las ideas simples de base que la componen.

Locke está de acuerdo con Descartes en mantener nuestra existencia como la primera de todas las certezas (E IV/ 9,3), no obstante, no admite que el pensamiento sea la esencia del alma, lo considera más bien una función suya o una actividad que a veces es operativa y otras veces no. Para Descartes la razón es una fuerza espiritual que reúne en la inteligencia el nivel máximo de pureza y autosuficiencia: esta concepción lleva a la identificación de la razón con la divinidad. Locke en cambio rechaza esta concepción de la razón como encierro del hombre en el mundo de sus propios pensamientos para alcanzar verdades inexpugnables y en su lugar, en cambio, pone la razón laica que se basa en la interrelación del hombre con las cosas, que parte de datos empíricos y que está constantemente influida por las circunstancias. De las circunstancias forman parte después las tradiciones, la educación, las pasiones y las propias condiciones económicas y sociales de las que depende después la posibilidad de procurarse una buena formación (E IV/XVII 9-13).

La representación de la conciencia individual como *tabula rasa* supone por tanto

una especie de iniciación para la psicología que exigía la limpieza del espacio mental de todos los elementos preexistentes. El propio Locke presenta su obra como un proceso de desescombro, de cancelación de la hipoteca de la metafísica, sin compromisos con la trascendencia para un estudio objetivo de la inteligencia humana en sus principios y en su hacer, que se basa en un método “histórico” impreso en la estela de la historia natural de Bacon.

3. LA CONCEPCIÓN RADICAL DE LA ARBITRARIEDAD

La constitución de los signos verbales nace de la transformación de los datos todavía perceptivos de la representación mental en significados abstractos; esta transformación se realiza a través de un dispositivo general de metafóricación, el cual se configura como la célula generativa del propio lenguaje, haciendo posible el salto de la imagen mental al signo verbal: el instinto de metaforizar es un componente esencial de la semántica lockiana.

La mayor parte del léxico está constituida por términos generales y esto no es fruto del azar, sino de la razón y la necesidad. Una lengua hecha de nombres propios traspasaría los límites de la memoria humana. Además, la generalidad del nombre no garantiza la inteligibilidad, permitiéndole referirse a ideas en cierto modo comunes a quien habla y a quien escucha. Sin ideas y términos generales no tendríamos un lenguaje verdadero y auténtico sino una serie de idiolectos. Todas las cosas en la naturaleza son particulares y, en consecuencia, se puede tener la experiencia solo de éste o de aquél individuo particular. Por el contrario, en el léxico hay muchísimas palabras que designan clases de significados, como precisamente la palabra “hombre”, que se refiere a una clase entera de individuos, los cuales forman parte de la definición común de hombre; con este medio de abstracción se vuelven capaces de representar más individuos, cada uno de los cuales, teniendo en sí una conformidad con aquella idea abstracta, es (como decimos nosotros) de aquella especie” (E III/III,6).

El concepto de abstracción es la condición de la intersubjetividad, por tanto, del lenguaje mismo: abstraer significa separar un elemento de su contexto: así la blancura no aparece nunca sola, sino que se presenta como aquella idea simple de cualidad sensible que se encuentra, por ejemplo, en la leche que se ha bebido el día anterior. En el momento en el cual se ha eliminado todo lo que liga esa idea a esa situación particular, esta se vuelve representativa de todas las otras cualidades semejantes que se pueden encontrar en los elementos más diversos de los cuales se tenga experiencia. El proceso de abstracción está en el origen de la formación de las ideas generales y de los signos que los representan, es decir, los términos generales⁵.

Y precisamente la función abstractiva de la mente puede resultar entonces el criterio diferenciador entre el hombre y los animales, porque si las otras facultades mentales (la memoria, el discernimiento, el juicio) son para Locke comunes a todos los seres animados, que las poseen ciertamente en formas y grados diversos (E II/X, 1-2 y II/XI, 1-2 y 11), solo la facultad de abstraer es propia del hombre. No hay, por tanto, razones que hagan excluir la posibilidad de que los animales tengan una cierta forma de significado, aunque sea menos compleja y evolucionada. En el debate que a lo largo de los siglos XVII-XVIII se desarrolla sobre la inteligencia y el lenguaje de los animales⁶, Locke aporta una contribución signifi-

cativa liberando a la razón de la hipoteca teológica para recolocar al hombre en un *continuum* natural en el cual los seres difieren por grado así como por esencia. La relación entre alma y cuerpo es representado bajo una nueva luz con el fin de probar las posibilidades de que la materia tenga una función no meramente pasiva en la economía del conocimiento (E IV/III, 6), remarcando, una vez más, una clara distinción de la filosofía cartesiana.

El concepto lockiano de abstracción se contraponen polémicamente a aquel de la filosofía escolástica porque se basa en la convicción de que la generalidad y la universalidad pertenecen a la esfera del lenguaje y del pensamiento y no de la naturaleza: los conceptos son relaciones de ideas y no materiales de hecho. Los hombres, creando ideas abstractas y contraponiéndolas con los nombres, “se ponen en la disposición de considerar las cosas, y de hablar de ellas, por así decir, a grandes rasgos” (E III/III, 20) y esto favorece la organización de las representaciones y de su comunicación. Las ideas generales formadas así, son la esencia nominal de las cosas, las únicas que podemos conocer. Las esencias reales de las cosas —que nosotros debemos realmente presumir que existen ya que es de estas de las que surgen las cualidades sensibles a partir de las cuales distinguimos y catalogamos las cosas— son desconocidas para nosotros y, lo que es más importante, no toman parte en el mecanismo de la significación.

La idea del isomorfismo entre orden lingüístico y orden ontológico como presupuesto de la existencia de un esquema de mediación no arbitrario no tiene carta de naturaleza en la filosofía lockiana: para la metafísica tradicional la relación entre los objetos y el conocimiento de estos en la mente es de pura identidad (el concepto en la mente es la cosa misma, su forma), para Locke, en cambio, la relación entre la idea y su referente externo es nominal, la esencia nominal, si bien depende y se origina a partir de la esencia real, no es igual ni similar a esta y tiene un carácter distinto, siendo puramente un signo o nombre.

El proceso abstractivo es, por tanto, la condición general del signo: esto, en verdad, además de estar en la base de la génesis de este último, elabora los esquemas de mediación entre los nombres y las cosas y es, por tanto, lo que garantiza a los primeros la posibilidad de designar a los segundos. La arbitrariedad ya no concierne exclusivamente a los signos lingüísticos y su relación con los denotados (las ideas), sino que implica también a estos últimos y a la posibilidad misma de las ideas de representar los estados del mundo: el pensamiento se convierte en signo de la misma naturaleza del sonido lingüístico, es decir, signo arbitrario. La representación no es análoga a lo que representa ya que no hay ninguna semejanza natural entre el círculo y la idea del círculo.

Esta rotura tiene consecuencias fundamentales en la moderna filosofía del lenguaje: solo gracias a ella será posible concebir el lenguaje (y el pensamiento) como cálculo aritmético o algebraico, como han hecho Hobbes, Leibniz y Condillac. El sistema de las ideas o de los conocimientos se convierte así en un complejo de elecciones histórico-culturales nunca fijado de una vez por todas, sino siempre susceptible de cambios. Las clases con las que categorizamos el mundo no corresponden, por tanto, a las especies realmente existentes en la naturaleza, las ideas y los respectivos nombres no son garantizados por las esencias reales.

El proceso abstractivo es máximo para los nombres de los modos mixtos o de las relaciones que hay para combinaciones de ideas arbitrariamente construidas por los hombres, y, en consecuencia, no se corresponden con ningún objeto real que exista en la naturaleza (como los términos morales o jurídicos). Estos son, por ejemplo, expresiones lingüísticas como “parricidio”, “sacrilegio”, “gratitud”, “justicia”, “adulterio”, “homicidio” etc. Para tales combinaciones de ideas, la esencia nominal y la esencia real coinciden, el nombre es en estos casos la única garantía de la relativa persistencia y unidad de la idea.

La abstracción interviene, no obstante, también en los nombres de las sustancias, que no están sino para ideas complejas, las cuales deberían corresponder a objetos reales de la naturaleza, pero estas ideas complejas son colecciones abiertas que reflejan la cultura y la mentalidad de la comunidad de los hablantes. Así distinguimos con nombres diversos el agua y el hielo que son la misma sustancia, pero no hacemos lo mismo con el oro líquido y el oro sólido: esto no sería posible si las esencias nominales correspondieran a los confines puestos por la naturaleza. En la idea, o esencia nominal, rubricamos ciertamente características que son concomitantes, en naturaleza y objeto, con nuestra percepción; pero la elección de cuáles y cuántas características se vuelven pertinentes es arbitraria y contingente. Que los procedimientos de formación de las ideas sean arbitrarias no significa que sean inmotivadas: al contrario, Locke insiste justamente en las motivaciones pragmáticas que guían la mente en esta operación. Se constituyen así solo aquellas ideas de cuyo nombre los hombres tienen necesidad, o que son útiles a los fines del conocimiento. Es muy importante subrayar esta concomitancia de arbitrariedad y motivación en la génesis de los nombres y que vale sobre todo para los nombres de las sustancias.

En la teoría de los nombres generales Locke retoma la antigua cuestión de la constitución de los géneros y de las especies haciendo propia la posición crítica e innovadora de Robert Boyle, al cual por lo demás estaba ligado por relaciones de amistad y de colaboración, siendo miembro autorizado de la Royal Society of Sciences —fundada en el 1660 en Londres gracias también a su contribución— y promotor también de las *Boyle lectures*. Locke está muy influido por la concepción de la naturaleza de Boyle y, como él, trata de evitar introducir preconceptos metafísicos en el estudio de la ciencia. En la teoría lockiana, los mismos conceptos de “idea”, “sustancia”, “cualidad primaria” y “cualidad secundaria” siguen muy de cerca, también bajo el aspecto terminológico, las definiciones que había dado Boyle de ellas en el ensayo titulado *The Origin of Forms and Qualities* (1666), donde, entre otras cosas, había sostenido la inconsistencia del concepto escolástico de forma: no es la forma sustancial —escribía— la que diferencia las clases de cuerpos. La especie y el género no son distintos sobre la base de una esencia real, sino, al contrario, de una convención en virtud de la cual los hombres piensan que “una parte de la materia universal pertenece a este o a aquel determinado género o especie de cuerpos naturales” (Boyle 1977:19).

La relativa independencia de las esencias nominales respecto al mundo, convierte a los nombres en el elemento de continuidad a través del cual el intelecto puede sistematizar las nociones. Las colecciones de ideas anexas a los nombres varían de un interlocutor a otro, así, personas distintas tienen “esencias nominales” distintas de un mismo objeto, colecciones de particulares que no son necesariamente las mismas para todos los interlo-

cutores. Esto comporta el reconocimiento pleno del carácter dinámico de la esencia nominal, que se convierte en el resultado de una elección conceptual dirigida a determinadas exigencias representativas y comunicativas, y está condicionada por los usos lingüísticos corrientes. Ya no se pone el acento en la estabilidad de la relación signo-concepto, sino en su carácter inestable y mutable.

4. EL ESCEPTICISMO COMUNICATIVO⁷

La posibilidad misma de la comunicación llega a estar, de este modo, sometida al riesgo de infraentendimiento, de la incomunicabilidad: el entendimiento en las discusiones es muy difícil porque la comunicación sucede a menudo entre sujetos que sostienen tesis irreconciliables y que utilizan los nombres con significados distintos⁸. Locke da una solución pragmática a este problema: se habla como si las esencias nominales fueran estables e idénticas entre locutor e interlocutor. Se trata de un pacto que subyace a todo acto comunicativo, que nunca es, sin embargo, dado de una vez por todas, sino que es renegociado continuamente⁹. La palabra vale por la idea que se tiene en mente y, al mismo tiempo, por la idea que tiene en mente nuestro interlocutor. Es esta segunda, implícita, correspondencia la que hace posible la comunicación. El problema que Locke se plantea es, por tanto, entender cómo podemos estar seguros de comprendernos y de ser comprendidos, cómo hacer que el lenguaje sea realmente la medida común del intercambio y de la comunicación (E III/XI, 11).

La comunicación no puede resolverse en un proceso lineal con una sola dimensión, sino más bien en un proceso interactivo y de salidas a menudo inciertas y contradictorias; todo proceso de comunicación está, por tanto, en su derecho de ser visto como modelo de traducción (Steiner 1981), por el cual es raro, si no imposible, encontrar las mismas cosas, cada una hará más bien referencia a su nivel cultural y a un repertorio lingüístico propio, privado, reflejo de su única e irreductible identidad.

El tema del escepticismo comunicativo se enlaza con el relativo a las imperfecciones de la palabra; tales imperfecciones derivan, como hemos visto, de la arbitrariedad de los procedimientos de categorización y no de la arbitrariedad del sonido de las palabras. Por este motivo, estas son propias de los nombres de ideas complejas y no de aquellas de ideas simples. Las imperfecciones, entonces, están presentes en grado máximo en los nombres de tipo mixto, en particular en los términos éticos y políticos. El uso común es un factor de estabilidad suficiente para el discurso ordinario pero no para el científico, en el que se debe recurrir a menudo a definiciones para aclarar la fachada semántica de los términos que se están utilizando.

La asimetría semántica se manifiesta, además, de un modo todavía más clara en el paso de una lengua a otra. Las mismas lenguas naturales nos inducen a clasificar el mundo de un modo mejor que otro. La suya no es solamente una diversidad de sonidos o de signos, sino de división misma del mundo. La confrontación entre diversas lenguas naturales sirve, así, para demostrar cómo diversas motivaciones prácticas dan lugar, en diversas lenguas, a ideas de modo mixto que no se corresponden entre ellas o que lo hacen aparentemente.

Esto explica la diversidad de las lenguas que una larga tradición, con el mito de Babel, había considerado como una maldición divina o al menos una condición de inferioridad que superar, mientras que, para Locke se trata más bien de un fenómeno intrínseco a la naturaleza misma del lenguaje y a los mecanismos cognitivos del hombre.

Precisamente por su conciencia de la vulnerabilidad del proceso comunicativo, Locke presta tanta atención al problema del abuso lingüístico, al que dedica el capítulo décimo del tercer libro entero. Mientras las imperfecciones de las palabras son connaturales a su génesis, y derivan fundamentalmente bien de la excesiva complejidad de las ideas, bien de la inseguridad de su referente, el abuso es un malentendido voluntario del lenguaje que se manifiesta en los casos de oscuridad deliberadamente buscada en el uso de las palabras, es decir, cuando los nombres tienden a sustituirse por las ideas y son a menudo utilizadas sin conocer bien su significado (III/X, 32 y XI/8). Locke es plenamente consciente también del hecho de que el fenómeno del abuso no puede ser eliminado del todo, porque es congénito a la naturaleza misma de las lenguas.

NOTAS

1. Traducción al español de M^a Ángeles Almela
2. En las citas del texto, los dos primeros números romanos corresponde al libro y al capítulo al que nos referimos, el número árabe es, en cambio, el parágrafo que contiene la cita.
3. Sobre la teoría lockiana del lenguaje véase fundamentalmente Formigari (1972: 173-95); también Formigari (2001:121-83). Para una guía de lectura del texto lockiano, remitimos a Pacchi (1997).
4. Locke había encontrado esta triple división de las ciencias en el segundo de los tres *Essais de morale* de Pierre Nicole que había traducido al inglés en 1678: *Discourses translated from Nicole's essays by John Locke*, Londres 1828.
5. Locke ya se había ocupado detenidamente del concepto de abstracción en el libro segundo (por ejemplo en E II/XI, 9)
6. Es un tema que ha atravesado la historia de las teorías del signo y del lenguaje desde Aristóteles hasta la modernidad; véase Manetti y Prato (2007).
7. Tomamos aquí la bella definición de Taylor (1992:23)
8. Esto es, por lo demás, un tema que a partir de Locke se difundirá por toda la filosofía del lenguaje moderna, véase sobre esto Aarsleff (1964), Formigari y Lo Piparo (1998) Formigari (2001).
9. Sobre este aspecto que ha tenido numerosos desarrollos en la lingüística moderna, véase De Mauro (1965).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AARSLEFF, H. (1984) *From Locke to Saussure*. Minneapolis:UMP.
- AUROUX, S. (1996) *La philosophie du langage*. Paris:PUF.
- AYERS, M. (1991) *Locke. Epistemology and ontology*. London:Routledge.
- BOYLE, R. (1977) *Opere*. Torino, Utet.
- DE MAURO T. (1965) *Introduzione alla semántica*. Roma-Bari: Laterza.
- DI MEO A. y TAGLIAGAMBE S. (eds) (1993) *Teorie e filosofie della materia nel Settecento*. Roma: Editori Riuniti.
- FAGIANI, F. (1982) "Linguaggio, scienza e retorica nell'Essay di Locke", in Gambarara e D'Atri, *Ideologia, filosofia e linguistica*. Roma: Bulzoni, 210-49.
- FORMIGARI, L. (1972) *Linguistica ed empirismo nel Settecento inglese*. Roma-Bari: Laterza.

- (1981) *La scimmia e le stelle*. Roma: Editori Riuniti.
- (1990) *L'esperienza e il segno*. Roma: Editori Riuniti.
- (2001) *Il linguaggio. Storia delle teorie*. Roma-Bari: Laterza.

FORMIGARI, L. - LO PIPARO, F. (eds) (1998) *Prospettive di storia della linguistica*. Roma-Bari: Editori Riuniti.

GAMBARARA D. y D'ATRI, A. (eds) (1982) *Ideologia, filosofia e linguistica*. Roma: Bulzoni.

LEPSCHY, G. (eds) (1990) *Storia della linguistica*. Bologna: Il Mulino.

MANETTI, G. (1987). *Le teorie del segno nell'antichità classica*. Milano: Bompiani.

MANETTI, G. y PRATO, A. (2007) (eds) *Animali, angeli, macchine. Come comunicano e come pensano*. Pisa: ETS.

PACCHI, A. (1997) *Introduzione alla lettura del Saggio sull'intelletto umano di Locke*. Milano: Unicopli.

PITITTO, R. (1984). *John Locke. Mondo linguistico e interpretazione*. Napoli: Athena.

PRATO, A. (2007). "Animali, uomini, macchine nel Settecento", in G. Manetti y A. Prato *Animali, angeli, macchine. Come comunicano e come pensano*. Pisa: ETS, pp. 57-84.

— (2012) *Filosofia e linguaggio nell'età dei lumi: da Locke agli ideólogos*. Bologna: I libri di Emil.

RAGGIUNTI, R. (1998) *Linguaggio e conoscenza nel pensiero di Locke*. Modena: Del Bucchia.

SIMONE, R. (1990) "Seicento e Settecento", in G. Lepschy, *Storia della linguistica*. Bologna: Il Mulino, pp. 313-95.

— (1992). *Il sogno di Saussure*. Roma-Bari : Laterza.

SINA, M. (1999) *Introduzione a Locke*. Roma-Bari: Laterza.

STEINER, G. (1981). *After Babel*. Oxford: OUP.

TAYLOR, T.J. (1992) *Mutual misunderstanding*. London: Duke University Press.

VIANO, A.V. (1960) *John Locke: dal razionalismo all'illuminismo*. Torino: Einaudi.

YOLTON, J.W. (1985) *Locke: an interpretation*. Oxford: Blackwell.

— (1991). *Locke and french materialism*. London: Clarendon Press.

YOLTON J.S. - YOLTON J.W. (1985) *John Locke: a reference guide*. Boston: Hall.

Condillac y la arbitrariedad del lenguaje¹. *Condillac and the arbitrariness of language*

Giorgio Coratelli

(pág 109 - pág 119)

Este artículo se ocupa de la teoría del lenguaje en la filosofía de Condillac y describe la evolución en la concepción del signo lingüístico, de la teoría del signo arbitrario en el *Essai sur l'origine des connaissances humaines* (1746) a la teoría del signo artificial en la *Grammaire* (1775). El objetivo es demostrar cómo el rechazo de la arbitrariedad del signo está ligado a una nueva concepción del progreso natural del lenguaje y el conocimiento, desarrollado en la *Grammaire*, y la batalla que Condillac emprende contra el abuso del lenguaje, principal enemigo del desarrollo del conocimiento seguro y la ciencia exacta.

Palabras clave: Condillac, arbitrariedad, signo artificial, método analítico, analogía.

This article studies the theory of language in Condillac's philosophy. It describes the evolution in the theory of linguistic sign, from the concept of arbitrary sign in the *Essai sur l'origine des connaissances humaines* (1746) to the concept of artificial sign in the *Grammaire* (1775). It aims at demonstrating how the reject of the concept of arbitrary sign is related to a new theory of natural progress of language and knowledge in the *Grammaire* and to Condillac's fight against the abuse of language as the main enemy of the develop of right knowledge and right sciences.

Key words: Condillac, arbitrariness, artificial sign, analytical method, analogy

Giorgio Coratelli es doctor en Semiótica. Sus líneas de investigación son la historia de las ideas lingüísticas, especialmente en Condillac y la Ilustración, y la semiótica del discurso económico. Email: GiorgioCoratelli@libero.it

Este artículo fue referenciado el 21/11/2016 por la Universidad de Genova y el 3/7/2016 por la Universidad de Roma La Sapienza